

drá ménos de convenir en que la divinidad de la Iglesia católica, apostólica, romana, se revela floreciente y esplendorosa en la virtud y santidad de sus hijos, ó que la santidad de éstos es un testimonio de la divinidad de aquella. Jesucristo nos ha dado esta regla cuando nos enseñó que *por los frutos se conoce el árbol bueno*.

§ IV.—Confesores.

Si alguno dice que no hay Santos, hombres extraordinarios que han elevado sobre las fuerzas de la naturaleza, distinguiéndose de la generalidad de los hombres: si dice que él no puede derramar su sangre como los mártires, retirarse al desierto como los anacoretas, ó guardar perpétua continencia como las vírgenes, y que la práctica de estas virtudes es demasiado alta y difícil para poder imitarlas, podemos presentarle los ejemplos de los Confesores de uno y otro sexo que componen la gran mayoría de los Santos conocidos y han llegado á su silla en el Cielo practicando modestas virtudes y obras accesibles á todos. Estas virtudes, sin embargo, y estas obras fáciles y sencillas se elevan á un orden sobrenatural segun las disposiciones é intencion con que se hacen y el fin á que se dirigen.

Glorioso es para la Iglesia presentar este inmenso grupo de escogidos, *de toda tribu y lengua y pueblo y nacion, cuya multitud es tan grande que nadie la puede contar* (1), santificados cada uno en su propio estado y cumpliendo sus respectivas obligaciones. Este es el camino más ancho de la santidad, y nadie tiene disculpa en no seguirlo. Ella nos guía y nos da medios de avanzar en la perfeccion.

Los Santos Confesores vivieron en la sociedad, tuvieron su familia, sus hijos y sus intereses, ocuparon una posicion, ejercieron una profesion ú oficio, pero su corazon estaba desapegado de las cosas del mundo, considerándolas únicamente como medios de salvacion, y usando de ellas como dones de Dios. Otros se santificaron en las funciones del sa-

(1) Apocal.

cerdocio, en el retiro del mundo, ó en las obras de caridad. Sus virtudes pueden ser practicadas fácilmente por todos: pues no consistian en general en sajarse las carnes á disciplinazos, oprimirse con cilicios y debilitarse con ayunos, sino en ser *piadosos, prudentes, humildes, castos, y en guardar una vida immaculada y sobria mientras tuvieron aliento*. No es esto decir que muchos no se mortificasen de un modo prudente; pero principalmente hacían consistir su mérito en la fiel observancia de la ley divina, en la frecuencia de los sacramentos y en la justicia y la caridad con los prógimos. Tenemos, pues, modelos que imitar en todas las condiciones sociales, desde el rey hasta el artesano. Esto decimos á los que creen que los Santos fueron hombres oscuros, tétricos, ensimismados y enemigos del trato social. Todo al contrario, ellos vivían en el mundo lo mismo que todos y se hacían querer por su comportamiento, por su trato y por su amabilidad.

Hoy no solo envidiamos sus virtudes y el premio que por ellas disfrutaban, sino tambien su suerte como ciudadanos, las puras satisfacciones de su vida y la tranquilidad de su muerte. Léase la vida de cualquier Santo de hace dos ó tres siglos, y compárese con los personajes de su época, al parecer más favorecidos de la fortuna: estúdiense su vida íntima, véase quién tenía más paz doméstica, menores inquietudes y cuidados, más salud, sueño más tranquilo y sosegado, y despues muerte más dichosa, y dígase con imparcialidad si era preferible la condicion del Santo á la del personaje afortunado; y si aquél fué más feliz en el tiempo como hoy tambien lo es en la eternidad.

§ V.—Fundadores de Ordenes religiosas.

Para el mundo y para la Iglesia son estos Santos sumamente apreciables, porque al santificarse á sí propios fueron insignes bienhechores de la religion y de la humanidad. Sus obras perseveran todavia, y puede decirse que viven ellos mismos en las instituciones durables que fun-

daron, que son los más preciosos ornamentos de la Iglesia.

Providencial es, sin duda, la prodigiosa fecundidad de esta madre santa que de época en época, según las condiciones de los tiempos y las necesidades de sus hijos, producía á aquellos hombres extraordinarios, que daban origen á las diversas Ordenes religiosas, tan eficaces auxiliares para que los hombres consigan su salvación.

Dotados los fundadores de las virtudes más sólidas, de una piedad tierna y de una constancia á toda prueba, llenos de celo por la salvación de sus hermanos, parecía el mundo pequeño para los ardores de su caridad. Animados por esto concebían un pensamiento grandioso y benéfico, que maduraban detenidamente en el retiro y en fervorosos coloquios con Dios. En seguida procuraban llevarlo á cabo venciendo dificultades insuperables, pero sin desanimarse por ellas. No tenían recursos, ni dinero, y, por el contrario, hallaban por doquiera contradicciones, y, sin embargo, trataban de extenderse por toda la tierra, publicando su obra, pero escondiendo humildemente su propia personalidad.

Pero las contradicciones multiplicaban la intensidad de su celo, su actividad y sus trabajos. Siendo pobres edificaban espaciosas casas y Conventos, mantenían á sus discípulos y tenían además para socorrer á otros pobres como ellos. *Nihil habentes, et omnia possidentes*. En breve eran la providencia del país en que se establecían y las gentes los colmaban de bendiciones. A su aparición revivía la fe, renacían las prácticas piadosas, se reformaban las costumbres y terminaba la ignorancia y la miseria. ¿Quién había hecho tan grande obra? En vano se hubiera pretendido con recursos puramente humanos, y ménos sin ellos; pero la llevaba á cabo sin ningún recurso la fe de aquellos humildes hombres, y así nadie dudaba que su empresa merecía las bendiciones del Cielo.

Después la aprobaban y bendecían los Romanos Pontífices; después de examinarla detenidamente la daban su dirección acertada, sancionaban sus reglas y concedían privilegios á sus promovedores. Así, la Iglesia se encontraba

con una institución nueva y la humanidad con un beneficio más.

Tal ha sido el origen de las Ordenes religiosas, y tal el carácter de sus fundadores. Se observa que éstos aparecían después de alguna calamidad de la Iglesia para cicatrizar sus heridas y al mismo tiempo dar nueva vida y actividad al movimiento católico. Después del protestantismo, por ejemplo, se multiplicaron las Ordenes nuevas ó volvieron las antiguas á su primitivo fervor. Cada fundador tenía su carácter especial, que se revelaba en el instituto que planteaba, pero todos se proponían un fin santo y benéfico. Así es, que los fundadores ocupan con honor las páginas más nobles de la historia eclesiástica de su siglo. Los nombres de San Bernardo, Santa Teresa de Jesús, San José de Calasanz y San Vicente de Paul, entre otros, son la prueba de lo que acabamos de decir.

Si se examina la historia de todos y cada uno de los fundadores, se verá en ellos algo de prodigioso y sobrenatural, y no se podrá desconocer el dedo de Dios. Muchos fueron fundadores de Ordenes sin preverlo ellos mismos; se retiraban á la soledad, pero la fama de sus virtudes atraía á muchos que iban á ponerse bajo su dirección, como aconteció á San Benito, San Bruno y otros. Estas Ordenes nacían por sí mismas, por la voluntad de Dios. Otros se sentían como inspirados por un impulso interior, y reuniendo algunos compañeros, fundaban de hecho su Orden, pidiendo en seguida su aprobación. Algunos encontraron protección en los Obispos y en los Reyes, que les alentaron en su pensamiento comprendiendo su utilidad. Los mismos soberanos invitaron con frecuencia á estos fundadores á que fuesen á establecerse en sus estados y dotaron sus establecimientos; pero fueron pocos los que tuvieron esta fortuna. La mayor parte encontraron serias oposiciones y resistencias como sucede en general á todos los iniciadores de los grandes pensamientos.

Pero una vez vencidas todas las dificultades y establecida su Orden, se veía á estos hombres superiores, olvidados de su propio mérito, rehusar en ella toda especie de auto-

ridad y querer vivir como simples Religiosos. Siempre la humildad es inseparable del verdadero mérito. Si les tributaban honores, se confundían; si los grandes les pedían consejo, lo daban sin presumir de sí mismos; si obraban milagros, y á consecuencia oían las reclamaciones de la multitud, no se envanecían un instante, sino que glorificaban á Dios, y despues de haber obrado grandes cosas, decían de corazon que eran siervos inútiles.

Como si estuvieran apagadas en su pecho todas las pasiones, no sentían, ni vanidad, ni orgullo, ni soberbia, ni otra cualquiera, y, por el contrario, como si estuvieran arraigadas en ellas todas las virtudes, manifestaban en todas sus acciones los sentimientos más santos y generosos. Habían llegado á tal grado de perfeccion, que habían de ser el modelo de todos cuantos posteriormente abrazasen su regla. Penitentes humildes, caritativos, piadosos y castos, cada uno parecía en su género una personificación de todo el espíritu evangélico.

Jamás se llegará á tributar á los fundadores de las Ordenes los elogios que merecen, ya por sus virtudes personales, ya por sus benéficas instituciones.

Y hé aquí la superioridad de los héroes de la religion sobre los héroes del mundo. Estos, áun los más celebrados en la historia, apenas han dejado nada durable en pos de sí, á no ser tal vez ruinas, y á lo sumo, los beneficios que hicieron no se extendieron más allá de su país y de su siglo; pero los héroes del Catolicismo viven siempre en sus instituciones, que se hallan extendidas en todas las ciudades católicas, y todas las generaciones les deben algo. En breve tendremos ocasion de demostrarlo.

De aquí se infiere cuánta es la gloria de la Iglesia católica de producir estos hombres admirables, honra de la religion y de la humanidad. Las sectas separadas, de cualquiera dominacion que sean, no pueden presentar nada semejante. Insistimos una vez más en este punto, áun á riesgo de ser pesados; porque en verdad, una de las pruebas más decisivas de la falsedad de las sectas, es la afrentosa esterilidad en que han caído despues de su separacion de la Igle-

sia católica. Este hecho manifiesta de un modo elocuente que son *ramas secas y cortadas del árbol*. Tal es la energía de esta frase que emplean con frecuencia los Santos Padres (1).

PARALELO ENTRE LOS FUNDADORES DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS
Y LOS FUNDADORES DE LAS SECTAS.

No se necesita emplear largos razonamientos para demostrar que los primeros son la antítesis más completa de los segundos en su vida, en su carácter, en sus doctrinas, en sus obras y en las consecuencias de éstas para la religion y para la sociedad.

En vano se buscará un solo heresiarca que merezca el nombre de Santo, ni áun en apariencia siquiera. Por el contrario, es indudable que los fundadores de las sectas fueron en general hombres viciosos, soberbios, altaneros é intolerantes. Pasaremos por alto los antiguos heresiarcas, pintados con los más negros colores por sus contemporáneos, y nos fijaremos únicamente en los fundadores del protestantismo. Seremos breves, porque este es un punto

(1) Hé aquí los principales fundadores de las Ordenes: San Antonio, Patriarca de los Monjes; San Pacomio, de los cenobitas; San Benito, fundador de la Orden de su nombre; San Agustín, cuya regla siguen un gran número de congregaciones; San Basilio, de la Orden de su nombre; San Columbiano, de muchos Monasterios célebres; San Roberto y despues San Bernardo, de la del Cister; San Romualdo, de los Camaldulenses; San Norberto, de los Premostratenses; San Bruno, de los Cartujos; San Francisco de Asís, de los Hermanos Menores; Santo Domingo, de los Padres predicadores; San Francisco de Paula, de los Mínimos; San Ignacio, de los Jesuitas; San Felipe Neri, de los Padres del Oratorio; San José de Calasanz, de las Escuelas Pías; Santa Clara, de las Clarisas; Santa Teresa, reformadora de los Carmelitas de ambos sexos; San Vicente de Paul, fundador de los Padres de la Mision y de las Hermanas de la Caridad; San Alfonso María de Ligorio, de la Congregacion del Redentor, etc. Omitimos un gran número de otros fundadores y fundadoras.

que nadie ignora, y ellos mismos se encargaron de descubrir sus propias torpezas (1).

Es bien sabido que los autores del protestantismo no fueron movidos á hacer su pretendida reforma por ningun pensamiento generoso, sino por el despecho, la ambicion, la soberbia y el deseo de vivir sin ningun freno. No se retiraron al desierto, como San Bruno, á lamentar los males de su época, á pedir á Dios su remedio y á madurar en la soledad el pensamiento que habían concebido, sino que, por el contrario, abandonaban su claustro, como Lutero, y seguian los consejos de su demonio familiar. No vendían sus bienes y los repartían entre los pobres, como San Francisco de Asís, sino que se enriquecían con los bienes de las Iglesias. No escuchaban la voz de los superiores y se sometían á la autoridad de la Silla Apostólica, como Santo Domingo, sino que se rebelaban contra el Papa y le colmaban de las más groseras injurias, cosa indigna de todo hombre decente. No prescribían á sus discípulos la mortificacion, el ayuno y la continencia, como San Norberto y todos los fundadores, sino que negaban la necesidad de las buenas obras, abolían el celibato eclesiástico, se casaban sacrilegamente con Monjas sacadas de sus Conventos y se abandonaban á los excesos de la gula, de tal modo; que sus comilonas quedaban en proverbio. No desafiaron las iras de los príncipes por defender la justicia, como San Basilio, sino que conculcaron la justicia y la moral permitiendo á los príncipes el divorcio, la poligamia y los mayores excesos, á fin de tenerlos propicios. Nada edificaron, pero destruyeron mucho; no erigieron ningun Templo ni Monasterio, pero contribuyeron á que se derribasen innumerables, y en lugar de predicar la caridad y la paz, predicaban en todos los tonos el esterminio y la guerra (2).

(1) Véase *Los apóstoles del protestantismo pintados los unos por los otros*, por M. A. F.; apéndice á la obra *Le Ministre protestant aux prises avec lui meme*. Lyon, 1836.

(2) Ya dejamos expuestas estas ideas en varios lugares de esta obra.

Los autores del protestantismo no eran humildes y sufridos como los fundadores de las Ordenes, sino altivos y soberbios, que no sufrían la más mínima contradicción. No perdonaban las injurias, como San Francisco, sino que enviaban á la hoguera á sus enemigos, como Calvino á Servet. No respondían modestamente á sus adversarios, como San Bernardo, sino que los llenaban de los insultos más soeces de palabra y por escrito (1). No eran castos, sino lascivos; no eran penitentes, sino disipados; y ni siquiera eran honrados, sino abiertamente escandalosos.

Los fundadores de las Ordenes, no solo profesaban íntegra toda la doctrina cristiana, sino que además trataban de practicar los consejos evangélicos: los fundadores del protestantismo, no solo despreciaban los consejos evangélicos, sino que además negaban muchos dogmas. Los fundadores de las Ordenes hacían guerra á todas las pasiones; los padres del protestantismo les daban rienda suelta con sus doctrinas. Los fundadores de las Ordenes se apreciaban y se respetaban unos á otros, considerándose soldados de una misma causa; los fundadores de las sectas se aborrecían mutuamente y se hacían la guerra más encarnizada.

En cuanto á sus doctrinas ya los hemos juzgado en varios lugares y las trataremos todavía bajo otra forma; pero bajo cualquier aspecto que se consideren, son perniciosas y desoladoras. Mientras las Ordenes religiosas eran una afirmacion y un nuevo desarrollo del Catolicismo, el protestantismo es una negacion, ó, mejor dicho, una progresion de negaciones que, partiendo del espíritu privado, va á terminar al ateísmo. Esto lo acredita la experiencia.

Por último, esta misma se encarga de manifestarnos las diversas consecuencias de las obras y doctrinas de unos y

(1) Lutero llamaba á Enrique VIII *loco, necio, el más grosero de todos los puercos y de todos los asnos*; á los Zuwinglianos, *condenados, insensatos, blasfemos*; á los doctores de Lovaina *bestias, puercos, paganos*; al Papa *un lobo rabioso, un capitán de ladrones*; Calvino trataba á sus adversarios de *malvados, tunantes, borrachos, cerdos, bueyes, asnos, perros*, ¡Qué tolerancia y qué decencia!

otros: los beneficios de todo género de las Ordenes religiosas y los daños del protestantismo. No hubo pueblo que no mejorase en instrucción, bienestar y moralidad al sentir la influencia de las Ordenes, así como no hubo pueblo que no empeorase en eso mismo bajo la influencia de la reforma.

Por lo tanto, así como el Catolicismo acredita una vez más su verdad por la santidad de sus hombres, así el protestantismo descubre nuevamente su falsedad por los vicios de los suyos. *Ex fructibus eorum cognoscetis eos.*

CAPITULO III.

Los sábios.

Ya tenemos demostrado en otro lugar que el Catolicismo es altamente favorable al desarrollo de la inteligencia y al verdadero progreso de las ciencias y de las letras. Lo que allí probamos por principios ahora vamos á probarlo con hechos, á saber, presentando aquellos hombres distinguidos en todos los ramos del saber humano de que puede gloriarse la Iglesia, y que deben el vigor y la extensión de su génio á la influencia católica. No podemos fijarnos sino en un escaso número; pero serán lumbreras tan esplendorosas, que cada uno de ellos forma por sí solo una prueba completa de nuestra proposición.

Siguiendo nuestro método, presentaremos en diversos grupos los hombres sábios que se han formado en la Iglesia católica, como lo hemos hecho con los Santos, y haremos ver una vez más al mundo moderno que es sumamente ingrato é injusto al acusar á la Iglesia de que favorece la ignorancia.

§ I.—Los Santos Padres.

Los hombres ilustres que merecieron este glorioso título, fué preciso que sobresaliesen de un modo notable en ciencia y en santidad. Solo así pudieron ser honrados con

este nombre y con el de Doctores de la Iglesia. Esto indica claramente su mérito.

Admirable es sin duda alguna la larga série de estos hombres extraordinarios, que durante los seis primeros siglos de la Iglesia reunieron á la vez todas las virtudes más sublimes y todas las ciencias y letras sagradas y profanas.

Para apreciar debidamente el mérito de los Santos Padres, es preciso tener en cuenta el tiempo y el país en que vivieron y las circunstancias en que se hallaron colocados. Además de atender á las necesidades de sus respectivas Iglesias, á las consultas de los fieles, á la predicación y á la enseñanza, hallaron todavía tiempo para escribir las grandes obras *en folio*, cuyos volúmenes nos dejan atónitos, teniendo en cuenta que no escribían sino cuando lo exigía la necesidad. Es necesario también compararlos con los más célebres entre sus contemporáneos, á Orígenes con Celso, á San Ambrosio con Sinmaco, á San Basilio con Libanio, y se verá cuán superiores fueron á su siglo. Llenos de talento y de génio, y respetables por su carácter y persecuciones, levantaban la voz contra los vicios ó para defender la religion y exponer sus dogmas, y al hacerlo, manifestaban que les eran familiares la Sagrada Escritura, la literatura griega y la latina, la historia, la filosofía y la legislación y todos los conocimientos humanos de su tiempo.

Sus obras son un arsenal de conocimientos y preciosidades, en todos los géneros, en todos los estilos y en todas las formas que cultivaron; y suministran modelos para todos los asuntos. Unos Padres se distinguen por la agudeza de su ingenio, otros por la fuerza de su lógica, éstos por la elevación de pensamientos, aquéllos por la brillantez de las imágenes, los otros por la dulzura y el celo. En unos se observa un estilo cortado, incisivo y fuerte; en otros fluido y cadencioso, en otros grave y majestuoso, de un sabor apostólico y de la más vasta erudición. Al mismo tiempo que guardan íntegro y en toda su pureza el depósito de la fe, dejan volar libremente su razón en las cosas opinables como verdaderos filósofos.